

antes, en lugar de don Galaor, su hermano, vino allí otro caballero de su linaje en tal punto é sazón, que fizo á aquella hermosa señora sufrir tantas cuitas é tanto afán, que á duro contarse podría; porque él pasó, así por la mar como por la tierra, las aventuras extrañas y peligrosas cual nunca otro en su tiempo ni despues de mucho tiempo se supo que igual le fuese; así como en un ramo que destes libros sale, llamado las *Sergas de Esplandian*, como ya se os ha dicho, se recontará. Pues aquella señora Leonorina, con mucha afición le rogando que él ó aquel caballero que él decía les enviase, y él así gelo prometiendo, dándole licencia, se subieron todas á las finiestras del palacio, donde fasta le perder de vista por la mar, donde en su galea iba, no se quitaron.

Ya se os ha contado ante cómo el Patin envió á Salustanquidio, su primo, con gran compañía de caballeros, é la reina Saramira, con muchas dueñas é doncellas, al rey Lisuarte á le demandar á su hija Oriana para casar con ella. Agora sabed que estos mensajeros por do quiera que iban daban cartas del Emperador á los príncipes é grandes que por el camino fallaban, en que les rogaba que honrasen é sirviesen á la emperatriz Oriana, hija del rey Lisuarte, que ya por su mujer tenía; é aunque ellos por sus palabras mostrasen buena voluntad á lo facer, entre sí rogaban á Dios que tan buena señora, hija de tal rey, no la llegase á hombre tan despreciado y desamado de todas las gentes que le conocían; lo cual era con mucha razón, porque su desmesura y soberbia era tan demasiada, que á ninguno, por grande que fuese, de los de su señorío y de los otros que él sojuzgar podía no facia honra, antes los despreciaba é avilataba, como si con aquello creyese ser su estado mas seguro y crecido.

¡Oh, loco el tal pensamiento, creer ningun príncipe que, seyendo por sus merecimientos desamado de los suyos, que pueda ser amado de Dios! Pues si de Dios es desamado, ¿qué puede esperar en este mundo y en el otro? Por cierto no al, salvo en el uno y en el otro ser deshonorado y destruido, é su ánima en los infiernos perpétuamente. Pues estos embajadores llegaron á un puerto descontra la Gran Bretaña, que llaman Zamando, é allí aguardaron hasta hallar barcas en que pasasen; y en tanto hicieron saber al rey Lisuarte cómo ellos iban á él con mandado del Emperador, su señor, con que mucho le placiera.

CAPITULO XIII.

Cómo el caballero de la Verde Espada se partió de Constantinopla para cumplir la promesa por él fecha á la muy hermosa Grasinda, é cómo estando determinado de partir con esta señora á la Gran Bretaña por cumplir su mandado, acaesció, andando á caza, que halló á don Bruneo de Bonamar malamente ferido; é tambien cuenta la aventura con que Angriote de Estravaus se topó con ellos y se vinieron juntos á casa de la hermosa Grasinda.

Partido el caballero de la Verde Espada del puerto de Constantinopla, el tiempo le fizo bueno y enderezado para su viaje, el cual era pensar ir á aquella tierra donde su señora Oriana era. Esto le hacia ser muy ledo, aunque en aquella sazón fuese tan cuitado é tan atormentado por ella como nunca tanto lo fué; porque

él morara tres años en Alemania é dos en Romanía y en Grecia, que en este medio tiempo nunca della no solamente no hubo su mandado, mas ni sopo nuevas algunas. Pues tan bien le avino, que á los veinte dias fué aportado en aquella villa donde Grasinda era, é cuando ella lo sopo fué muy leda, que ya sabia cómo al Endriago matara, y los fuertes gigantes que en las insolas de Romanía habia vencido é muerto, y ella se aderezó lo mejor que pudo, como rica é gran señora que era, para lo recibir, é mandó que llevasen caballos para él é para el maestro Elisabat, en que de la galea saliesen, y el de la Verde Espada se vistió de ricos paños, y en un caballo hermoso, y el maestro en un palafren, se fueron á la villa, donde habiendo ya sabido sus extrañas é famosas cosas cómo por maravilla era mirado é honrado de todos, é asimesmo el maestro, que muy emparentado é muy rico en aquella tierra era. Grasinda le salió á recebir al patio con todas sus dueñas é doncellas, y él descabalgando, se le homilló mucho, y ella á él, como aquellos que de buen amor se aman; é Grasinda le dijo: «Señor caballero de la Verde Espada, en todas las cosas os hizo Dios cumplido; que habiendo pasado tantos peligros, tantas extrañas cosas, la vuestra buena ventura, que lo quiso, ós trajo á cumplir é quitar la palabra que me dejastes, que de hoy en cinco dias es la fin del año por vos prometido, é á él plega de os poner en corazón que tan enteramente me cumplais el otro don que aun por demandar está.—Señora, dijo él, nunca yo, si Dios quisiere, faltaré lo que por mí fuere prometido, especialmente á tan buena señora como vos sois, que tanto bien me fizo; que si en vuestro servicio la vida pusiere, no se me debe agradecer, pues que por vuestra causa, dándome al maestro Elisabat, la tengo.—Bien empleado sea el servicio, dijo ella, pues que tan bien gradescido es, é agora vos id á comer; que no puedo yo por mi voluntad pedir tanto, que vuestro gran esfuerzo no cumpla mas.» Estonces lo llevaron al corral de los hermosos árboles, donde ya de la ferida le habian curado, como se os contó, é allí fué servido él y el maestro Elisabat, como en casa de señora que tanto los amaba, y en una cámara que con aquel corral se contenia albergó el caballero de la Verde Espada aquella noche, é antes que dormiese fabló muy gran pieza con Gandalin, diciéndole cómo iba ledo en su corazón por ir contra la parte donde su señora era, si el don de aquella dueña no le estorbaba. Gandalin le dijo: «Señor, tomad el alegría cuando viniere, é lo al remetid á Dios nuestro Señor; que puede ser que el don de la dueña será en ayudar é acrecentar vuestro placer.»

Así dormió aquella noche con algo mas de sosiego, é á la mañana se levantó, é fué á oír misa con Grasinda en su capilla, que con sus dueñas é doncellas lo atendía; y desque fué dicha, mandando á todos apartar, tomándole por la mano, en un poyo que allí estaba con él se sentó, é razonando con él, dijo: «Caballero de la Verde Espada, sabréis cómo un año ante que aquí vos viniédes, todas las dueñas que extremadamente sobre las otras hermosas eran se juntaron en unas bodas que el duque de Basilea facia, á las cuales bodas fui yo en guarda del marqués Saluder, mi her-

mano, que vos conoceis; y estando todas juntas, é yo con ellas, entraron hí todos los altos hombres que á aquellas fiestas vinieron, y el Marqués, mi hermano, no sé si por afición ó por locura, dijo en voz alta, que todos lo oyeron, que tan grande era mi fermosura, que vencia á todas las dueñas que allí eran, é si alguno lo contrario dijese, que él por armas gelo haria decir; é no sé si por su esfuerzo dél, ó porque así á los otros como á él pareciese, basta que no respondiendone ninguno, yo quedé é fui juzgada por la mas hermosa dueña de todas las fermosas de Romanía, que es tan grande como lo vos sabeis; así que, con esto siempre mi corazón es muy ledo é muy lozano; é mucho mas lo seria, y en muy mayor alteza, si por vos pudiese alcanzar lo que tanto mi corazón desea, é no dudaria trabajo de mi persona ni gasto de mi estado, por grande que fuese.—Mi señora, dijo él, demandad lo que mas os placirá, y sea cosa que yo cumplir pueda, porque sin duda se porná luego en ejecucion.—Mi señor, dijo ella, pues lo que yo os pido por merced es, seyendo sabidora de cierto haber en la casa del rey Lisuarte, señor de la Gran Bretaña, las mas fermosas mujeres de todo el mundo me lleveis allí; é por armas, si por otra guisa ser no puede, me fagais ganar aquella gran gloria de fermosura sobre todas las doncellas que allí hobiere, que aquí en estas partes gané sobre las dueñas, como os ya dije; diciendo que en su corte no hay ninguna doncella tan hermosa como lo es una dueña que vos levádes; é si alguno lo contradijere, gelo fagais conocer por fuerza de armas; é yo llevaré una rica corona que por mi parte pongais, é así ponga otra el caballero que con vos se hobiere de combatir, para que el vencedor, en señal de tener la mas fermosa de su parte, las lleve ambas. E si Dios con honra nos ficiere partir de allí llevarme hédes á una que llaman la insola Firme, donde me dicen que hay una cámara encantada, en que ninguna mujer, dueña ni doncella, entrar puede, sino aquella que de fermosura pasare á la muy hermosa Grimanesa, que en su tiempo par no tovo; y este es el don que vos yo demandó.»

Quando esto fué oido por el caballero de la Verde Espada fué todo demudado, é dijo con semblante muy triste: «Ay Señora, muerto me habeis! é si gran bien me fecistes, en crecido mal me habeis tornado.» Y fué así tollido, que ningun sentido le quedó. Esto fué cuidando que si con tal razón á la corte del rey Lisuarte fuese, era perdido con su señora Oriana, que mas que á la muerte la temia; é sabia bien que en la corte habia muy buenos caballeros que por ella tomarian la empresa; que teniendo el derecho é la razón de su parte tan enteramente, segun la diferencia tan grande de la fermosura de Oriana á la de todas las del mundo, que no podía él salir de la tal demanda que tomase sino deshonorado ó muerto; y de otra parte pensaba, si falleciese de su palabra á aquella dueña, que sin le conocer tantas honras y mercedes della habia recebido, que seria muy gran confundimiento de su prez é honra. Así que, él estaba en la mayor afrenta que despues que de Gaula saliera estado habia, é maldecia á sí é á su ventura é á la hora en que nasciera, é á la venida en aquellas tierras de Romanía; pero luego le vino súpi-

tamente un gran remedio á la memoria, y este fué acordarse que Oriana no era doncella, y que el que por ella la batalla tomase la tomaba á tuerto. E cuando despues él pudiese ver á Oriana le faria entender la razón de cómo aquello pasaba. E hallado este remedio, dejando el cuidado grande en que estaba, que mucho atormentado le habia, á le poner en el mayor estrecho que él nunca pensó tener; mas luego tornó muy ledo y de buen semblante, como si por él nada pasado hobera, é dijo á Grasinda: «Mi buena señora, demándoos perdon por el enojo que os he fecho; que yo quiero cumplir todo lo que me pedis si la voluntad de Dios fuere; é si en algo dudé, no por mi voluntad, mas por la de mi corazón, á quien yo resistir no puedo; que á otra parte enderezaba su viaje; y de las palabras que yo dije, él fué la causa; como aquel que en todas las cosas sojuzgado me tiene; mas las grandes honras que yo de vos he recebido tovieron tales fuerzas, que las tuyas quebrantando, me dejan libre para que, sin ningun entorevalo, aquello que tanto os agrada cumplir pueda.» Grasinda le dijo: «Cierto, mi buen señor, yo creo muy bien lo que me decis; mas dígoos que fui puesta en muy gran alteracion cuando así os vi.» Y tendiendo los sus muy fermosos brazos, poniéndolos en sus hombros, le perdonó aquello que habia pasado, diciendo: «Mi señor, ¿cuándo veré yo aquel día que la vuestra gran prez de armas me fará en mi cabeza tener aquella corona que de las mas fermosas doncellas de la gran Bretaña por vos ganada será, tornando á mi tierra con aquella gran gloria que todas las dueñas de Romanía della me partí?» Y él le dijo: «Mi señora, quien tal camino ha de andar no debe perder el cuidado; que habeis de pasar por muy extrañas tierras y gentes de lenguajes desvariados, donde gran trabajo y peligro se ofrece; é si el don yo no hobiese prometido, é mi consejo se demandase, no seria otro, salvo que persona de tanta honra y estado como lo vos sois, no se debria poner á tal afrenta por ganar aquello que sin ello, con tan gran parte de beldad y de fermosura, muy bien é con mucha gloria pasar puede.—Mi señor, dijo ella, mas me pago del vuestro buen esfuerzo que para el camino tomastes, que del consejo que me dariades; pues que, teniendo tal ayudador como vos, sin recelo alguno espero satisfacer á mi deseo, que tanto tiempo por lo alcanzar con mucha pena ha estado; y esas extrañas tierras y gentes que decis, muy bien excusarse pueden, pues que por la mar mejor que por la tierra se podrá hacer nuestro camino, segun de muchos que lo saben soy informada.—Mi señora, dijo él, yo os he de aguardar y servir; mandad lo que mas á vuestra voluntad satisface, que aquello por mí en obra será puesto.—Mucho os lo gradezco, dijo ella, y creed que yo llevaré tal atavío é compañía cual tal caudillo como lo vos sois merece.—En el nombre de Dios, dijo él, sea todo.» E así quedó la fabla por estonces; y desque el caballero de la Verde Espada folgó dos dias, hobo sabor de ir á correr monte, así como aquel que no habiendo en qué las armas ejercitar en otra cosa, su tiempo pasaba; é tomando consigo algunos caballeros que allí habia é monteros sabidores de aquel menester, se fué á un muy espeso monte, dos leguas de la villa, donde muchos

venados había, é posieronle á él con dos muy hermosos canes en una armada entre la espesa montaña é una floresta que no muy léjos dellos estaba, donde mas contino la caza acostumbraba salir, é no tardó mucho que mató dos venados muy grandes, é los monteros mataron otro; é seyendo ya cerca de la noche, tocaron los monteros las bocinas; mas el caballero de la Verde Espada, queriendo á ellos ir, vió salir de una gran mata un venado muy hermoso á maravilla, é poniéndole los canes, el venado, como muy aquejado se vió, metióse en una gran laguna, pensando guarecer; mas los canes entraron dentro, como iban muy codiciosos de la caza, é tomáronlo, y llegando el caballero de la Verde Espada, lo mató. E Gandalin, que con él estaba, con quien él gran alegría recebia é había mucho hablado en aquella ida, que á la tierra donde su señora estaba cediendo pensaba ir, tomando en ello muy gran descanso, como aquel que no la había visto gran tiempo había, como habeis oido, se apeó muy prestamente de su caballo, y encarnó los canes, que muy buenos eran, como aquel que muchas veces de aquel arte usado había.

En este tiempo ya la noche era cerrada, que quasi nada veian, é poniendo el venado muy prestamente en una mata, echando sobre él de las ramas verdes, cabalgaron en sus caballos prestamente; perdiendo el tino donde habían de acudir con la gran espesura de las matas, no sabian qué ficiesen; é sin saber dónde iban, andovieron una pieza por la montaña, pensando topar algun camino ó alguno de su compañía; mas no lo fallando, acaso dieron en una fuente, é allí bebieron sus caballos, é ya sin esperanza de tener otro albergue, descabalgaron dellos, quitándoles las sillas é los frenos, los dejaron pascer por la yerba verde que allí cabe ella era; mas el de la Verde Espada, mandando á Gandalin que los guardase, se fué contra unos grandes árboles que cerca de allí eran, porque estando solo, mejor podiese pensar en su hacienda y de su señora; y llegando cerca dellos, vió un caballo blanco muerto, ferido de muy grandes golpes, é oyó entre los árboles gemir muy dolorosamente, mas no veía quién, que la noche era oscura é los árboles muy espesos; y sentándose debajo de un árbol, estuvo escuchando qué podría ser aquello, é no tardó mucho que oyó decir con gran angustia é dolor: «¡Ay cativo, mezquino, sin ventura, Bruneo de Bonamar, ya te conviene que contigo fenezcan é mueran los tus mortales deseos, de que tan atormentado siempre fuiste! ¡ya no verás aquel tu tan grande amigo Amadís de Gaula, por quien tanto afán é trabajo por tierras extrañas has llevado, aquel que tanpreciado é amado de tí sobre todos del mundo era, pues sin él é sin pariente ni amigo que de tí se duela, te conviene pasar desta vida á la cruel muerte, que se te ya llega!» Y despues dijo: «¡Oh mi señora Melicia, flor y espejo sobre todas las mujeres del mundo, ya no os verá ni servirá el vuestro leal vasallo Bruneo de Bonamar, aquel que en fecho ni dicho nunca falleció de vos amar mas que á sí! Mi señora, vos perdeis lo que jamás cobrar podeis; que cierto, mi señora, nunca habrá otro que tan lealmente como yo os ame! ¡Vos érades aquella que con vuestra sabrosa membranza era yo mantenido y fecho lozano, donde me venia esfuerzo é ardimento de caballero, sin

que os lo podiese servir, é agora, que en obra lo ponía en buscar este hermano que vos tanto amades, de la demanda del cual jamás me partiera sin lo fallar, ni osara ante vos parecer, mi fuerte ventura, no me dando lugar á que este servicio os hiciese, me ha traído á la muerte, la cual siempre temí que por causa vuestra de venirme había!» E luego dijo: «Ay mi buen amigo Angriote de Estravaus, ¿dónde sois agora vos, que tanto tiempo esta demanda mantovimos, y en el fin de mis días que no pueda haber socorro ni ayuda? ¡Cruda fué mi ventura contra mí, cuando quiso que ambos anoche partidos fuésemos! ¡Aspero é cuidadoso fué aquel partimiento, que ya mientras el mundo durare, nunca mas nos veremos! Mas Dios resciba la mi ánima, é la vuestra gran lealtad guarde, como lo ella merescer.» Estonces callando gemia é sospiraba muy dolorosamente.

El caballero de la Verde Espada, que todo lo oyera, estaba muy fieramente llorando, é como le vió sosegado, fué á él é dijo: «¡Ay mi señor é buen amigo don Bruneo de Bonamar, no os quejeis, y tened esperanza en aquele muy piadoso Dios, que quiso que á tal sazón os fallase para socorreros con aquello que bien menester habeis, que será melecina para el mal de que vos pena sofris; y creed, mi señor don Bruneo, que si hombre puede haber remedio é salud por sabiduría de persona mortal, que lo vos habréis, con ayuda de nostro Señor Dios.» Don Bruneo cuidó que Lasindo, su escudero, era, segun tan fieramente lo vió llorar, que había enviado á buscar algun religioso que lo confesase, é dijo: «Mi amigo Lasindo, mucho tardaste, que mi muerte se allega. Agora ruego que tanto que de aquí me lleves, te vayas derechamente á Gaula, y besa las manos á la Infanta por mí, é dale esta parte de una manga de mi camisa, en que siete letras van escritas con un palo tinto de la mi sangre, que las fuerzas no bastaron para mas. Yo fio en la su gran mesura, que aquella piedad que sosteniendo la vida de mí no hobo, que veyéndolas, con algun doloroso sentimiento de mi muerte la habrá, considerando haberla en su servicio recibido, buscando con tantas afrentas é trabajos á aquel hermano que ella tanto amaba.» El caballero de la Verde Espada le dijo: «Mi amigo don Bruneo, no soy yo Lasindo, sino aquel por quien tanto mal recibistes; yo soy vuestro amigo Amadís de Gaula, que así como vos vuestro peligro siento. No temais, que Dios os acorredrá, é yo, con un tal maestro, que con su ayuda tanto que el ánima de las carnes despedida no sea os dará salud.» Don Bruneo, como quiera que muy desacordado y flaco estuviese de la mucha sangre que se le fuera, conociólo en la palabra, y tendiendo los brazos contra él, lo tomó é juntó consigo, cayéndole las lágrimas por las sus faces en gran abundancia. Mas el de la Verde Espada asimesmo, teniéndolo abrazado é llorando, dió voces á Gandalin que presto á él viniese, é llegando, le dijo: «¡Ay Gandalin! ves aquí á mi Señor y leal amigo don Bruneo, que por me buscar ha pasado gran afán, é agora es llegado al punto de la muerte; ayúdame á lo desarmar.» Estonces lo tomaron ambos, é muy paso lo desarmaron é posieron encima de un tabardo de Gandalin, é cobriéronlo con otro del caballero de la Verde Espada, é mandóle que lo mas presto que podiese, so-

biendo en algun otero, atendiese la mañana, y se fuese á la villa al maestro Elisabat, y le dijese de su parte que por la gran fianza que en él tenia, tomando todas las cosas necesarias, se viniese luego para él á curar de un caballero que mal llagado estaba, y que creyese que era uno de los mayores amigos que él tenia. E á Grasinda, que le pedía mucho por merced mandase traer aparejo en que lo llevasen á la villa, tal cual convenia á caballero de tan alto linaje y de tan gran bondad de armas como lo él era; y quedando allí con él, teniéndole la cabeza en sus hinojos, consolándole, se fué luego Gandalin con aquel mandado, é subido en un otero alto de la floresta, el dia venido, vió luego la villa, é puso las espuelas á su caballo é fué para allá, é así con aquella priesa que llevaba entró por ella, sin responder ninguna cosa á los que le preguntaban, por se no detener, é todos pensaban que alguna ocasion aconteciera á su señor. E llegó á la casa del maestro Elisabat, el cual, oido el mandado del caballero de la Verde Espada é la gran priesa de Gandalin, creyendo que él fecho era muy grande, tomó todo aquello que para tal menester necesario era, é cabalgando en su palafren, aguardó á Gandalin que lo guiase, que estaba contando á Grasinda lo que á su Señor le acaeciera, é lo que le pedía por merced; et partiéndose della, tomaron el camino de la montaña, donde en poco despacio de tiempo fueron llegados al lugar do los caballeros estaban. E cuando el maestro Elisabat vió cómo el caballero de la Verde Espada, su leal amigo, tenia la cabeza del otro caballero en su regazo é fieramente lloraba, bien cuidó que lo amaba mucho, é llegó riendo é dijo: «Mis señores, no temades, que Dios os porná presto consejo con que seréis alegres.» Desi llegóse á don Bruneo é católe las llagas, é fallólas hinchadas y enconadas del frio de la noche; mas él le puso en ellas tales melecinas, que luego el dolor le fué quitado; así que, el sueño le sobrevino, que le fué gran bien y descanso. E cuando el de la Verde Espada vió aquello, é cómo el maestro en poco el peligro de don Bruneo tenia, fué muy ledo, é abrazándole, le dijo: «¡Ay maestro Elisabat, mi buen señor é mi amigo, en buen dia fui en vuestra compañía, donde tanto bien é tanto provecho se me ha seguido; pido yo á Dios por merced que algun tiempos lo pueda galardonar, que aunque agora me védes como un pobre caballero, puede ser que ante que mucho pase, de otra guisa me juzgaréis.—Si Dios me salve, caballero de la Verde Espada, dijo él, mas contento é agradable es á mi serviros é ayudar á la vuestra vida, que lo vos seríades en me dar el galardón; que bien cierto soy que nunca el vuestro gradescimiento me faltará; y en esto no se fable mas, é vayamos á comer; que tiempo es.» E así lo hicieron; que Grasinda gelo mandara llevar muy bien adobado, como aquella que, demás de ser tan gran señora, tenia mucho cuidado de dar placer al caballero de la Verde Espada en lo que se ofrecia.

Y desque comieron estaban hablando en cómo eran muy fermosas aquellas hayas que allí veian, y que á su parescer eran los mas altos árboles que en ninguna parte habían visto; y ellos, estándolas catando, vieron venir un hombre á caballo, é traía dos cabezas de caballeros colgadas del petral, y en sus manos una hacha

toda tinta de sangre; é como vido aquella gente cabe los árboles, estuvo quedo, é quisose tirar afuera; mas el caballero de la Verde Espada é Gandalin lo conocieron, que era Lasindo, escudero de don Bruneo, y temiéndose, si á ellos llegase, que con inocencia los descubriría, el de la Verde Espada dijo: «Estad todos quedos, é yo veré quién es aquel que de nos se recela, é por cuál razon trae así aquellas cabezas.» Estonces, cabalgando en un caballo é con una lanza, se fué para él, é dijo á Gandalin que fuese en pos dél; «é si aquel hombre no me atiende, seguirle has tú.» El escudero, cuando vió que contra él iban, fué tirando afuera por la floresta con temor que había, y el de la Verde Espada tras él. Mas llegando á un valle que los ya no podian ver ni oír, comenzó á llamar, diciendo: «Atiéndeme, Lasindo, no temas de mí, cuando él esto oyó, volvió la cabeza, é conoció que era Amadís, é con mucho placer á él se vino, y besóle las manos é díjole: «¡Ay Señor! no sabeis las desventuras é tristes nuevas de mi señor don Bruneo, aquel que tantos peligrosos afanes en os buscar la por tierras extrañas pasado.» E comenzó á hacer gran duelo, diciendo: «Señor, estos dos caballeros dijeron á Angriote que muerto aquí cerca en esta floresta lo dejaban, sobre lo cual les tajó estas cabezas, é mandóme que las posiese cabe él si era muerto, é si vivo, que de su parte gelas presentase.—¡Ay Dios! dijo el caballero de la Verde Espada, ¿qué es esto que me dices? que yo hallé á don Bruneo, pero no en tal disposición que ninguna cosa contar me podiese, é agora te deten un poco, é Gandalin contigo, como que él te alcanzó y te dijo las nuevas de tu señor; é cuando ante mí fueres, no me lames sino el caballero de la Verde Espada.—Ya de eso, dijo Lasindo, estaba yo avisado que así lo debía facer. E allá nos contarás las nuevas que sabes.» E luego se tornó á su compañía, é dijo cómo Gandalin iba en pos del escudero, é á poco rato viéronlos venir á entrambos; é como Lasindo llegó é vió el caballero de la Verde Espada, descendió presto é fué fincar los hinojos ante él é dijo: «Bendito sea Dios, que á este lugar os trajo, porque seais ayudador en la vida de mi señor don Bruneo, que vos tanto amades.» Y él lo alzó por la mano é dijo: «Mi amigo Lasindo, tú seas bien venido, é á tu señor fallarás en buen estado; mas agora nos cuenta por cuál razon traes así esas cabezas de hombres.—Señor, dijo él, ponedme ante don Bruneo, é allí os lo contaré; que así me es mandado.»

Luego se fueron á él donde estaba, en un tendejón que Grasinda con las otras cosas allí mandara traer, é Lasindo fincó los hinojos ante él é dijo: «Señor, veis aquí las cabezas de los caballeros que os tan gran tuerto hicieron, y envíao las vuestro leal amigo Angriote de Estravaus, que sabiendo el aleve que os hicieron, se combatió con ellos ambos é los mató, é será aquí con vos á poca de hora, que quedó en un monesterio de dueñas que es en cabo desta floresta á se curar de una llaga que en la pierna tiene, é cuando la sangre haya restañado, luego se verná.—¡Dios val! dijo don Bruneo. ¿E cómo acertará acá venir?—El me dijo que viniese á los mas altos arboles desta floresta, que muerto os fallaría; que él así lo cuidaba, segun lo que uno de estos traidores le dijo antes que lo matase. Y el duelo que

por vos face, no se puede contar ni decir. — Ay Dios! dijo el caballero de la Verde Espada, guardadlo de mal y de peligro. Decid, dijo á Lasindo, ¿saberme has guiar á ese monesterio? — Sabré, » dijo él. Estonces dijo al maestro Elisabat que llevasen á don Bruneo en andas á la villa, é armándose de las armas de don Bruneo, cabalgó en su caballo y metióse por la floresta, é Lasindo con él, que el escudo é yelmo é lanza le llevaba. Y llegando donde esa noche habia dejado el venado debajo del árbol, vieron venir á Angriote en su caballo, la cabeza bajo como que duelo hacia, con el cual el de la Verde Espada gran placer hobo; é luego vió venir en pos dél cuatro caballeros muy bien armados, que á altas voces le decian: «Esperad, don falso caballero; conviene que la cabeza perdais por las que tajastes á los que mucho mas que vos valian.» Angriote volvió su caballo contra ellos y embrazó su escudo, é guisóse de se dellos defender, sin que al de la Verde Espada viese; el cual ya tomara sus armas, é fué cuanto el caballo llevarlo pudo, y llegó á Angriote ante que á los otros llegase, é dijo: «Buen amigo no temais; que Dios será por vos.» Angriote cuidó, por las armas, que don Bruneo era, de que muy alegre sin comparacion fué; mas el de la Verde Espada firió al primero que delante de los otros venia, que era Bradansidel, aquel con quien ya justara, é le ficiera llevar la cola del caballo en la mano, caballero al revés, como ya oistes, que era uno de los mas valientes en armas que en toda aquella comarca se hallaba; y encontróle por cima del escudo, so la falda del yelmo, en el pecho tan fuertemente, que lo lanzó de la silla en el campo, sin que pié ni mano bulliese; é los otros firieron á Angriote, y él á ellos, así como aquel que muy esforzado era. Mas el de la Verde Espada puso mano á ella, é metióse con tanta saña entre ellos, firiéndolos de tan fuertes golpes, que de un golpe que al uno dió por cima del hombro, no pudieron tanto las armas resistir, que cortadas no fuesen con la carne é con los huesos; así que, cayó á los piés de Angriote, que se mucho maravillaba de tales feridas, que no pudiera él creer que tanta bondad en don Bruneo hobiese; que ya habia él derribado otro. El que quedaba solo vió venir contra sí al de la Verde Espada, é no lo osando atender, comenzó de fuir al mas correr del caballo, y el de la Verde Espada iba tras él por le ferir, y el otro, con el gran miedo, erró un paso de un rio é cayó en el fondo; así que, saliendo el caballo, el caballero con el peso de las armas afogado fué.

Entonces, dando el escudo y el yelmo á Lasindo, se tornó para Angriote, que espantado estaba de su gran valentía, cuidando que don Bruneo fuese, como ya os dije; mas llegando cerca, conoció que era Amadis, é fué contra él los brazos tendidos, dando gracias á Dios, que gelo ficiera hallar; y el de la Verde Espada asimismo fué á lo abrazar, viniendo al uno é al otro las lágrimas á los ojos de buen talante, que se mucho amaban. Y el de la Verde Espada le dijo: «Agora parece, mi señor, aquel leal y verdadero amor que me habeis, en me buscar tanto tiempo, con tantos peligros, por tierras extrañas. — Mi señor, no puedo tanto hacer la ley que en vuestra honra é servicio, que á mas no vos sea obligado, pues que me fecistes haber aquella que sin ella

no podiera yo sostener la vida; y dejemos esto, pues que la deuda es tan grande, que á duro se podrá pagar; mas decidme si sabeis las desaventuradas nuevas del vuestro gran amigo don Bruneo de Bonamar. — Ya las sé, dijo el de la Verde Espada, é son de buena ventura; pues Dios, por su merced, quiso que en tal sazón lo yo fallase.» Entonces le contó por cuál guisa lo fallara, é como le dejaba en guarda del mejor maestro que en el mundo habia, con seguridad de la vida. Angriote alzó las manos al cielo, gradeciendo á Dios, que así lo habia remediado. Entonces se movieron para se ir, é pasando cabe los caballeros que habia vencido, fallaron el uno dellos que vivo estaba, y el de la Verde Espada se paró sobre él é díjole: «Mal caballero, que Dios confunda, decid, ¿por qué á sin guisado quereis matar los caballeros andantes? Decidlo luego; si no, tajaros he la cabeza; é si fuestes vos en el mal del caballero que traia estas armas que yo tengo. — Eso no lo puede negar, dijo Angriote, que yo lo dejé con otros dos en su compañía con don Bruneo, y despues fallé yo los dos, que se alaban que habian muerto á don Bruneo, el cual ellos llevaban para les ayudar, diciéndole que les querian quemar una hermana suya; así que, todos debieran ser en la traicion, porque don Bruneo se fué con ellos á salva fe por socorrer la doncella que no padeciese, é yo me fuí con un caballero viejo que esa noche nos habia albergado, por le hacer tornar un fijo suyo que preso le tenían en unas tiendas acá suso en una ribera; é avínome tan bien, que gelo hice dar, é metí en su prision al que preso gelo tenia; y en esta manera nos partimos el uno del otro. Agora diga este por qué le hicieron tan grande avele.»

El de la Verde Espada dijo á Lasindo: «Desciende é tálale la cabeza, que traidor es.» El caballero hobo gran miedo é dijo: «Señor, merced por Dios; que yo vos diré la verdad de lo que pasó. Sabed, señor caballero, que nos sopimos cómo estos dos caballeros buscaban al caballero de la Verde Espada, que nosotros mortalmente desamamos; é sabiendo cómo eran sus amigos, acordamos de los matar; é no lo pensando acabar, tomándolos juntos, movimos aquellas razones que este caballero ha dicho; é yendo nuestro camino con achaque de librar la doncella, fablando, desarmadas las cabezas é las manos, llegamos á aquella fuente de las altas hayas, y en tanto que el caballero daba á beber á su caballo, tomamos las lanzas, é yo cabe él estaba, arrebatéle la espada de la vaina, é antes que él se podiese valer lo derribamos del caballo, é dimosle tantas feridas, que por muerto lo dejamos; é así creo yo que él lo estará.» El de la Verde Espada le dijo: «¿Por qué razon me desamais, que tal avele cometistes? — E ¿cómo! dijo él, ¿vos sois el caballero de la Verde Espada? — Sí soy, dijo él, y veis aquí que la trayo. — Pues agora os diré lo que preguntais. Bien se os acordará cómo habrá un año que pasastes por esta tierra, é combatióse con vos aquel caballero que allí muerto yace (tendió la mano contra Bradansidel, que era el mas recio é fuerte caballero de toda esta tierra), é la batalla fué ante la hermosa Grasinda, é Bradansidel con gran soberbia puso la ley que el vencido habia de guardar, la cual era que cabalgando aviesas en el caballo, y el escudo al revés, é la cola del ca-

ballo en la mano por freno, pasase ante aquella hermosa dueña é por medio de una villa suya, lo que Bradansidel, como vencido, le convino cumplir, con gran deshonra é mengua suya; y por esta deshonra que le hecistes os desamaba él de muerte, é todos aquellos que sus parientes y amigos somos, é caimos en aquel yerro que habeis visto. Agora mandadme matar ó dejar vivo; que dicho os he lo que saber queriades. — No os mataré, dijo el de la Verde Espada, porque los malos viviendo mueran muchas veces, é paguen aquello que sus malas obras merecen; que segun vuestras mañas, así se cumplirá como lo digo.» E mandó á Lasindo que tomase un caballo de aquellos que sueltos andaban para llevar el venado, é desenfrenando los otros caballos, corriéndolos por la floresta, se fueron contra la villa, donde pensaban fallar á don Bruneo, é llevaron ante sí en el caballo el venado; y el caballero de la Verde Espada habia gran sabor de preguntar á Angriote por nuevas de la Gran Bretaña, y él le contaba las que sabia, aunque ya habia año é medio que él é don Bruneo de allá en su demanda dél habian partido; y por las otras cosas, le dijo: «Sabed, mi señor, que de casa del rey Lisuarte queda un doncel, el mas extraño é mas hermoso que se nunca vió, del cual Urganda la Desconocida ha hecho por su carta saber al Rey é á la Reina las grandes cosas, si vive, que ha de pujar.» E contóle cómo el ermitaño lo criara, sacándolo de la boca de una leona, y en la forma que el rey Lisuarte lo falló: é díjole de las letras blancas é coloradas que en el pecho tenia, é cómo el Rey lo criara muy honradamente por lo que Urganda dijera, é cómo, demás de ser el doncel tan hermoso é de buen donaire, era muy bien acostumbrado en todas sus cosas. — Dios val! dijo el caballero de la Verde Espada, de muy extraño hombre me fablais. Agora me decid qué edad habrá. — Puede ser de fasta doce años, dijo Angriote; y él é Ambor de Gadel, mi fijo, sirven ante Oriana, que mucha merced les face; tanto es bueno su servicio, tanto que en aquella casa del Rey no hay otros tan honrados ni mirados como ellos. Pero muy diferentes son en el parecer; que el uno es el mas hermoso que se fallar podría é muy mejor acostumbrado, é Ambor me semeja muy perezoso. — Ay Angriote! dijo el caballero de la Verde Espada, no juzgueis á vuestro fijo en la edad, que ni bien ni mal puede alcanzar á saber. E dígoos, mi buen amigo, que si él de mas dias fuese, é Oriana me lo quisiese dar, que lo traeria yo conmigo, é faria caballero á Gandalin, que tanto tiempo há que me sirve é aguarda. — Si Dios me salve, dijo Angriote, eso merecé muy bien, é creo que caballería será en él muy bien empleada, como en uno de los mejores escuderos del mundo; é seyendo él caballero é mi fijo entrado á vos servir en su lugar, entonces perderia yo la sospecha que tengo, é seria puesto en gran esperanza que de vuestra compañía saldria él tal, que mucha honra diese á todo su linaje. Y dejémoslo agora fasta su tiempo, que Dios lo enderece.» E luego le dijo: «Sabed, Señor, que don Bruneo é yo hemos andado por todas las partes destas insolas de Romania, donde fallamos grandes cosas que en armas habeis fecho, así contra caballeros muy soberbios, como contra fuertes y esquivos gigan-

tes, que todas las gentes que lo saben quedan con espanto en ver cómo podo un cuerpo de hombre solo tales afrentas é peligros sufrir. E allí sopimos de la muerte del temeroso é fuerte Endriago, que nos habeis fecho mucho maravilliar cómo osastes acometer al mismo diablo, que así nos dicen que es su fechora; y que ellos lo engendraron é criaron, como quiera que fijo de aquel gigante é su fija fuese; é ruégovos, mi señor, que me digais cómo con él vos hobistes, por oir la mas extraña é fuerte cosa que nunca por hombre mortal pasó.» Y el caballero de la Verde Espada le dijo: «Desto que preguntais son mejores testigos que yo Gandalin y el maestro que de don Bruneo cura, y ellos os lo dirán.»

Así hablando como oís, llegaron á la villa, donde con mucho placer de Grasinda recibidos fueron, siendo ya Angriote avisado que lo no habia de llamar por otro nombre sino de la Verde Espada; é hallaron pieza de caballeros armados que por mandado de Grasinda los querian ir á buscar, é tomándolos ella consigo, los llevó á la cámara del caballero de la Verde Espada, donde tenían en un lecho á don Bruneo de Bonamar. E cuando entraron dentro é lo fallaron en buena dispusicion, ¿quién os podría decir el placer que á sus ánimos vino en se ver todos tres juntos? E así lo habia aquella señora muy hermosa, teniéndose por mucho honrada en ser en su casa y en guarda de caballeros tan preciados, donde fallaban la guarida é reparo que á duro en otra parte no podrian fallar. E luego fué curado Angriote de la ferida de su pierna, que mucho enconada con el camino é con la fuerza que en la batalla de los caballeros puso traia. Y en otra cama junto con la de don Bruneo fué echado, é cuanto hobieron comido aquello que el maestro mandó, saliéronse todos fuera por los dejar dormir é aseogar, é dieron de comer al caballero del Enano en otra cámara, y allí estuvo contando á Grasinda la bondad é gran valor de aquellos sus muy leales amigos; é desdeque hobo comido, ella se fué á sus dueñas é doncellas, y el de la Verde Espada á sus compañeros, que los mucho amaba; á los cuales halló despiertos é fablando, é mandó juntar su lecho con los suyos, é allí folgaron con mucho placer, fablando en muchas cosas por qué habian pasado; y el caballero de la Verde Espada les contó el don que á la dueña habia prometido, é lo que ella le demandó, é cómo aderezaba para ir por la mar á la Gran Betaña, de que mucho á don Bruneo é á Angriote plogo, porque ya ellos habiendo fallado á aquel que demandaban, deseaban volver á aquella tierra. Estaban pues así como la historia cuenta en casa de aquella hermosa dueña Grasinda, el de la Verde Espada, é don Bruneo de Bonamar, é Angriote de Estravaus, con mucho vicio é placer, é cuando fueron en dispusicion que sin peligro de sus personas entrar podiesen en la mar, ya la flota estaba guarnescida de viandas para un año, é de gente de mar y de guerra, tanto cuanto convenia, é un domingo de mañana, en el mes de mayo, entraron en las naves, é con buen tiempo comenzaron á navegar la via de la Gran Bretaña.